



PERE VIRGILI

## LA NECESARIA “METAMORFOSIS” DE LA FP

¿Cuál es el papel que debe jugar esta etapa en el futuro? El autor rechaza la existencia de un modelo único y reivindica la hibridación entre Formación Profesional y formación general. La respuesta a las necesidades del mercado de trabajo se articula en términos de competencias, más que de titulaciones, en el horizonte de una formación a lo largo de toda la vida.

Para hablar hoy de educación o de formación profesional debemos situarnos en el contexto de una fase avanzada de la expansión educativa. La expansión educativa constituye uno de los fenómenos sociales más decisivos de la segunda mitad del siglo XX en las sociedades europeas. Es el resultado de un consenso histórico entre los estados, las organizaciones productivas y los individuos y sus familias, todos ellos interesados en contribuir al aumento de los niveles educativos para buscar un mayor desarrollo económico y

social tanto general como individual. Se trata, por tanto, de una expansión masiva de la formación, tanto entre la población (a través de la universalización del sistema educativo) como en el tiempo (la duración promedio de los estudios no ha dejado de aumentar desde la década de los años sesenta), lo que ha conllevado que cada generación tenga un nivel educativo superior a la precedente. En el caso español el crecimiento del nivel educativo fue tardío, pero más acelerado, y alcanza actualmente niveles similares a los del conjunto

JORDI PLANAS

Grup de Recerca Educació i Treball (GRET) de  
la Universitat Autònoma de Barcelona.  
Correo-e: jordi.planas@uab.cat

de los países europeos. La expansión educativa ha comportado importantes cambios en la oferta de trabajo que, a su vez, han tenido un fuerte impacto en el mercado de trabajo y han transformado, junto a otros factores como los cambios tecnológicos y organizativos, la demanda de trabajo y, por tanto, el comportamiento de los empleadores. Podríamos decir que, la oferta de trabajo se ha anticipado a la demanda y que al mismo tiempo la ha ido transformado.

Para el siglo XXI, en nuestro contexto socioeconómico y político, el objetivo para los estados, las organizaciones económicas y los jóvenes y sus familias, continúa siendo el mismo: elevar el nivel educativo de las generaciones jóvenes. Por ejemplo, entre los objetivos prioritarios de Lisboa (2001) está reducir el fracaso escolar y elevar el porcentaje de los jóvenes que alcanzan, como mínimo, el nivel de educación Secundaria superior. Según los acuerdos a nivel europeo en dicha Cumbre de Lisboa, reiterados en reuniones y acuerdos posteriores, la elevación del nivel de educación de la población europea constituye el factor clave para la competitividad de la economía europea y para la cohesión social en nuestros países. En esta misma dirección, se orientan las declaraciones recientes de nuestro gobierno, que considera que la educación constituye un factor clave para el cambio de modelo productivo que nos debería permitir salir de la crisis económica en que nos hallamos. Podríamos sintetizar diciendo que, frente a la incerteza en los cambios que nos afectarán en el futuro, tenemos la certeza de que la elevación del nivel de educación es un factor clave para afrontarlos, como ya nos ha sucedido en el pasado reciente.

## Entender el papel de la FP en el futuro

En este contexto, las preguntas que nos planteamos hoy son las siguientes: ¿Cuál es el papel que jugará en el futuro la Formación Profesional en este crecimiento del nivel educativo requerido por las necesidades productivas de nuestras economías? ¿A qué tipo de formación profesional nos referimos? En el marco de la formación a lo largo de la vida ¿qué articulación o relación se establecerá entre la formación profesional y la formación general?

Antes de responder a estas preguntas querría hacer algunas precisiones. En pri-

mer lugar, sobre el funcionamiento de nuestros mercados de trabajo: aunque habitualmente se confunde necesidades del mercado de trabajo con las necesidades de la demanda –empleadores– (en el mercado de trabajo, por convención, llamamos “oferta” a las personas dispuestas a trabajar –población activa– y “demanda” a los requerimientos de los empleadores). Debemos recordar que el mercado de trabajo está compuesto tanto por la demanda, como por la oferta (las personas formadas dispuestas a trabajar, o sea, la población activa) y que los cambios en la cantidad y en el nivel de cualificación de la oferta de trabajo, como hemos indicado anteriormente, han sido un potente factor de transformación del comportamiento de los empleadores en la contratación.

## Datos y organismos

### Catálogo Nacional de Cualificaciones Profesionales (CNCP)

Es el instrumento del Sistema Nacional de las Cualificaciones y Formación Profesional (SNCFP) que ordena las cualificaciones profesionales susceptibles de reconocimiento y acreditación, identificadas en el sistema productivo en función de las competencias apropiadas para el ejercicio profesional. Comprende las cualificaciones profesionales, no universitarias, más significativas del sistema productivo español, organizadas en familias profesionales y niveles. Dicho catálogo constituye la base para elaborar la oferta formativa de los títulos y los certificados de profesionalidad.

El CNCP incluye el contenido de la Formación Profesional asociada a cada cualificación, de acuerdo con una estructura de módulos formativos articulados.

### Instituto Nacional de las Cualificaciones (INCUAL)

Es el responsable de definir, elaborar y mantener actualizado el CNCP y el correspondiente Catálogo Modular de Formación Profesional (CMFP). Este último es el conjunto de módulos formativos asociados a las diferentes unidades de competencia de las cualificaciones profesionales. Proporciona un referente común para la integración de las diferentes ofertas de Formación Profesional.

### Encuesta Transición Educativo-Formativa e Inserción Laboral (ETEFIL)

Promovida por el INCUAL y realizada por el Instituto Nacional de Estadística, en 2005, aborda los procesos de formación e inserción profesional de los jóvenes españoles, no universitarios, durante los cinco años posteriores a la finalización de sus respectivos ciclos de educación y Formación Profesional, el año 2000.

Cabe señalar que, los ciclos formativos que llamamos FP son sólo una de las vías posibles para que las personas adquieran las competencias requeridas para su empleabilidad y productividad. Nuestra población activa está compuesta por personas que tienen niveles y especialidades de estudios distintos que compiten entre sí, en muchos casos, incluso teniendo perfiles formativos distintos, por los mismos empleos. Este hecho, en el futuro, lejos de tender a reducirse tendría que aumentar por la complejidad de los itinerarios for-

mativos que dan acceso a empleos similares. En este marco, pierde sentido la pretensión de que la formación profesional, por sí misma, deba responder a los requerimientos de capacidades productivas de nuestras economías.

Los datos presentados a continuación son el resultado, en proceso de publicación, de una investigación “Especialidad de formación, especialidad de empleo y resultados de inserción”, ESFOREM, financiada por el Programa I+D+i de la Subdirección General de Investigación (ref: SEJ2006-13210/SOCl) y coordinada por el autor de este artículo. Si consideramos los datos disponibles para nuestro país, observamos que aproximadamente la mitad de los jóvenes acceden al empleo con titulaciones de carácter general.

Pero incluso aquellos que acceden al empleo desde titulaciones profesionales recopiladas en el Catálogo Nacional de Cualificaciones Profesionales –CNCP– (definido por el Instituto Nacional de las Cualificaciones –INCUAL–), que establece una relación biunívoca para los titulados de FP entre su formación y los empleos en los que deberían trabajar, sólo en una tercera parte lo hace en las familias profesionales y niveles previstos por dicho catálogo.

Además, según los datos de la Encuesta Transición Educativo-Formativa e Inser-

ción Laboral, ETEFIL, (promovida por el INCUAL), no observamos diferencias sustanciales, en términos de percepción subjetiva, de adecuación entre estudios y trabajo, ni en términos salariales, entre los que se insertan según lo previsto en el CNCP, podríamos decir “los que trabajan en aquello para lo que se formaron”, y los que lo hacen fuera de lo que establece dicho catálogo. Pero, además, según los datos disponibles, esto no es muy distinto a lo que sucede en países de nuestro entorno considerados, a veces, como modelos: Francia, Reino Unido, Austria.

Es decir, aunque consideremos sólo a los titulados de FP, observamos que únicamente un tercio de ellos trabajan en “aquello para lo que se formaron” mientras que los dos tercios restantes, no. Además, no parece que a unos ni a otros les vaya sensiblemente peor ni mejor en su inserción profesional.

Si la observación la ampliamos al conjunto de los jóvenes no universitarios (la encuesta ETEFIL no incluye los titulados universitarios), los que trabajan en “aquello para lo que se formaron” no alcanza la quinta parte de los jóvenes.

Algunos pueden pensar que estos hechos son un indicio del mal funcionamiento de nuestro sistema formativo en general y de la FP en particular; en mi opinión es un signo de los tiempos, en los que un crecimiento del nivel formativo y una formación que se desarrollará a lo largo de la vida demandan comportamientos más flexibles que permitan ajustes en el mercado de trabajo a corto y largo plazo. Esos ajustes serían imposibles, si la rigidez de una relación biunívoca entre tipo de formación y empleo se cumpliera a rajatabla, es decir, si los jóvenes, y los trabajadores en general, sólo fueran capaces de trabajar en aquello para lo que se formaron. Si esto se produjera, por un lado, no sabríamos en qué podrían trabajar los que únicamente disponen de titulaciones de carácter general y, por otro, desde el sistema educativo se impondrían, al mercado de trabajo, unas rigideces insostenibles a corto plazo, pero sobretodo a medio y largo plazo.

Los resultados obtenidos nos indican que aunque la gran mayoría de los jóvenes no trabajan en aquello que estaba previsto cuando estudiaban, sus estudios les proporcionaron competencias útiles para el trabajo que finalmente realizan y que, muy mayoritariamente, consideran adecuado a sus estudios.

### Potenciar el común denominador, más allá de un modelo único

Debido a ello, en un mundo en constante cambio, la línea divisoria entre las diferentes formaciones profesionales y entre la formación profesional y la formación general se difumina en el marco de la formación a lo largo de la vida. También la formación general debería incorporar elementos profesionalizadores que la aproximen al uso social de los conocimientos y a su aplicación. Por ello, parece una estrategia razonable potenciar el común denominador entre las distintas especialidades de Formación Profesional e incorporar a las mismas los elementos de formación general requeridos para mantener la capacidad de formación ulterior y facilitar la asunción de los cambios sociales.

Un indicio de estas transformaciones se encuentra en el cambio terminológico que se ha producido en los organismos internacionales (Unión Europea, OCDE, etc.), que para hablar de la formación para el trabajo han pasado de hablar de VT (Vocational Training = Formación Profesional) a VET (Vocational Education and Training = Formación y Educación Profesional). Este cambio terminológico ha sido imprescindible para reconocer que en países con capacidades productivas similares los procesos de adquisición de estas capacidades por parte de su población activa son el resultado de combinaciones muy diversas entre formación general y formación inicial, de formación formal y no formal o informal. Esto hacía incomparables las capacidades productivas de los países, si únicamente se comparaba sus ciclos de FP.

Lo dicho anteriormente implica que no existe un “modelo” único, ni mejor que los otros, para que nuestras poblaciones adquieran las capacidades productivas que requieren nuestras economías. Pero compartimos un objetivo común a todos los países y a todas las modalidades de formación: elevar el nivel educativo de nuestras poblaciones activas y, en particular de nuestros jóvenes, que son nuestro futuro.

¿Implica ello que es indiferente el tipo de formación que reciban nuestros jóvenes y adultos? La respuesta es, no. Pero sí que significa que la Formación Profesional debe ser construida y pensada junto a y en interacción con la formación general y con todas las modalidades de Formación Profesional. Por ello considero que en el próximo futuro, viviremos una metamorfosis de

lo que llamamos Formación Profesional y ello debido a dos factores principales: los requerimientos de las personas a formarse y los requerimientos de nuestro sistema productivo.

Dos ejes marcan esta metamorfosis: en primer lugar, la progresiva hibridación e interpenetración entre Formación Profesional y formación general y, en segundo lugar, dicha metamorfosis se debe producir en el contexto y con el horizonte de la formación a lo largo de toda la vida.

La respuesta a los requerimientos de la demanda de trabajo se produce más en términos de competencias que de titulaciones, lo que no significa establecer una lista de ellas como objetivo de las formaciones regladas, como “desideratum” que se pretende relacionar mecánicamente con las “necesidades de las empresas”. Por el contrario, significa que los procesos por los que las personas adquirimos las competencias implican vías diversas de formación, no sólo la reglada, y a lo largo de toda la vida, sino también mediante vías no formales e informales. Significa también que, por las razones que sea, dos personas que hayan seguido un mismo ciclo de formación tienen, de facto, competencias distintas, aún compartiendo asignaturas, profesores y exámenes, porque todos ellos: asignaturas, profesores y exámenes pueden garantizar algunas competencias comunes, pero no todas. En una sociedad en la que ha crecido mucho el nivel educativo y sus títulos, la selección que realizan los empleadores se basa, sólo en parte, en los títulos y, además, el peso de estas titulaciones varía mucho de un empleo a otro, así por ejemplo, en el caso de la reparación de automóviles o de la atención al público en la banca. Esto no sólo es posible, sino que es lo que sucede mayoritariamente en el mercado de trabajo en la actualidad.

Desde una perspectiva histórica observamos que, en el mercado de trabajo son activas tanto la oferta como la demanda. El modelo que algunos autores llaman, de manera muy descriptiva “proveedor-cliente”, ha mostrado suficientemente su ineficacia, por lo que no cabe continuar con él. Este modelo “proveedor-cliente” es en el que las empresas construyen, a partir de sus “necesidades” y por agregación, la demanda de trabajo, constituyéndose en un cliente bien informado al que los sistemas educativos han de proveer en tiempo y forma de las personas formadas adecuadamente.

La realidad ha mostrado que este modelo no es ni realista ni eficaz, debido a que, en primer lugar, el "cliente", las empresas, no están bien informadas sobre sus necesidades a medio y largo plazo; en segundo lugar, a que las personas a formarse, que en formación inicial son los jóvenes, no obedecen las indicaciones y se comportan siguiendo criterios distintos a los de los planificadores y orientadores; y, en tercer y último lugar, a que los tiempos requeridos por las instituciones educativas, para reaccionar a nuevas demandas, son mucho más largos que los de los cambios de esas demandas.

Pero ello no significa que la Formación Profesional vaya a perder sentido o importancia en el futuro, mantiene, y razonablemente mantendrá, cinco funciones primordiales para nuestros mercados de trabajo:

- Proveer de profesionales especializados para algunos segmentos de empleo que lo requieran.

- Proporcionar a sus titulados, a partir de la especialización, competencias útiles, en un abanico mucho más amplio del previsto, entre otras las relativas a establecer conexiones entre los saberes, su contexto y su aplicación.

- Constituir una de las vías para elevar el nivel educativo de la población, pero sin entrar en competencia, sino en coproducción, con las otras.

- Ser el puente de acceso a formaciones ulteriores, ya sean de carácter profesional o general; ser el trampolín para elevar el nivel de educación de la población.

- Jugar un papel primordial en la prevención y la recuperación del fracaso escolar (papel que jugó en buena parte con la LGE, pero que con la LOGSE se perdió).

Aunque en el mercado de trabajo los empleos mayoritariamente pueden ser, son de facto, desempeñados por personas con diversa formación inicial, y aunque ello se va ampliando con el desarrollo del empleo en el sector de los servicios, existen segmentos de empleo que requieren de personas formadas de manera muy específica y, estas formaciones se adquieren a través de la Formación Profesional o de la universidad.

A pesar de que la mayoría de las personas no trabajan "en aquello para lo que se formaron", esto no significa que su formación sea inútil para trabajar de lo que trabajan. Avala esta afirmación el hecho de que, según la encuesta ETEFIL, mientras sólo un tercio de los titulados trabajan "en aquello para lo que se formaron" se-

gún el Catálogo Nacional de Cualificaciones Profesionales, el 85% de ellos (muchos más) consideran que existe una relación satisfactoria entre su trabajo y su formación. En definitiva constatamos que el mercado de trabajo actúa de manera mucho más flexible de lo previsto por el citado catálogo y lo mismo se observa para catálogos análogos en otros países.

## Ofrecer una formación atractiva

Anteriormente he señalado la existencia de un consenso entre políticas nacionales y europeas respecto al objetivo de elevar el nivel de formación de toda la población activa y, principalmente, de los jóvenes. La FP juega y puede jugar un papel aún mayor y primordial en este proceso, al ofrecer un tipo de formación atractiva para buena parte de los jóvenes que, por la razón que sea, no están dispuestos a seguir una formación de carácter general. Hacer atractiva la oferta de formación es un elemento clave en la estrategia para elevar el nivel de formación de los jóvenes.

También debemos considerar, en relación con lo anterior, que la Formación Profesional puede ser una excelente vía de acceso, reingreso e interés para la formación a lo largo de toda la vida.

Por último, pero no por ello menos importante, uno de los objetivos asociados a la elevación del nivel educativo de los jóvenes es, sin duda, reducir las tasas de fracaso escolar y abandono prematuro de la educación. Este objetivo adquiere particular importancia en España debido a nuestras elevadas tasas de fracaso que se sitúan entre un cuarto y un tercio de cada generación. Sin duda, una oferta adecuada de FP la convertirá en una vía atractiva para reducir el fracaso y evitar el abandono prematuro que se produce en las formaciones de carácter general. No disponemos de un análisis riguroso del papel que la FP1 de la LGE jugó en este sentido, pero por los datos disponibles parece claro que en este aspecto la LOGSE ha supuesto un paso atrás.

¿En qué consiste la metamorfosis que, a mi entender, se requiere para que la Formación Profesional responda a las necesidades del mercado de trabajo?

A continuación señalo, muy sucintamente por razones de espacio, algunos de los aspectos que la constituirían:

- Pensar y programar la FP como un sistema a la vez compuesto de multitud de

subsistemas y no aislado de la formación general, con la que no entra en competencia por los alumnos sino con la que comparte un objetivo común: elevar el nivel general de formación de la población.

- Flexibilizar la oferta de la Formación Profesional formal, para adaptarse, en métodos, objetivos y organización a los requerimientos de un público amplio que va desde los adultos que desean reingresar en la educación formal, hasta los fracasados escolares, pasando por los actuales estudiantes de FP.

- Reforzar y ampliar los puentes y vínculos entre la Formación Profesional y la formación general y, también entre los diferentes ciclos de Formación Profesional, con el fin de elevar de forma generalizada el nivel de formación y de avanzar hacia modelos de formación más abiertos y transitables, por parte de los usuarios, que incluyan la educación no formal e informal.

- Aumentar las ocasiones de coproducción entre instituciones de formación formal, tanto profesional como general, informal y no formal, para que no se limiten a la convalidación de la formación no formal e informal por módulos de enseñanza reglada, como tiende a hacer el Sistema Nacional de Cualificaciones Profesionales.

- Desarrollar instrumentos de programación de la Formación Profesional que tengan en cuenta los comportamientos e intereses de todos los agentes implicados (particularmente de los jóvenes, los adultos en formación y los empleadores); que se preocupen por hacer atractivas sus ofertas a sus estudiantes potenciales y que consideren las características institucionales de los sistemas de educación y formación, así como los desarrollos institucionales del mercado de trabajo.

Por último deseo señalar que estas transformaciones están ya abriéndose camino. Creo que las acciones desarrolladas por la Generalitat de Cataluña con su plan de flexibilización de la FP van en la dirección indicada anteriormente. Aunque desconozco lo que se está haciendo en otras zonas de España en este sentido, estoy convencido de que la experiencia catalana no es la única en España. De la misma manera, multitud de cambios se están produciendo en otros países y regiones de la Comunidad Europea.

Por supuesto, y aunque sea sólo citado de paso al final de este artículo, todo ello implica una metamorfosis y una hibridación paralela de la formación general, no menos importante, pero tema de otro artículo.